



SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Antonio Candelas

Parecía que la soledad era la única que no me iba a defraudar en esta vida. Siempre estaba ahí, una y otra vez, recordándome mi desamparo afectivo y social. Volvía a ocurrir.

Tras años emborrachado de éxitos editoriales y sin ser capaz de construir y mantener relaciones estables, allí estaba yo, solo, en Vigo, en un piso de alquiler del número 24 de la Avenida da Florida.

Las cajas de la mudanza me rodeaban como si fueran mi único reducto donde refugiarme. El sol de abril entraba por las ventanas y caldeaba

una vivienda que aún mantenía la humedad de los meses de atrás. Acababa de aterrizar procedente de la cosmopolita e insomne Barcelona donde había trabajado para la importante editorial Random House durante diez años en los que había alcanzado la cumbre en las listas de los libros más vendidos con cuatro de mis cinco últimos títulos.

Diez años en los que había recibido toda clase de galardones y los críticos más temidos del panorama se habían deshecho en elogios con mis historias. Medio país las había leído y muchos de mis incondicionales lectores es-

peraban impacientes la siguiente publicación de éxito. Lo que no sabían es que ese libro no llegaría jamás. La falta de tensión y creatividad en mi último relato provocaron una gran decepción en el público y un enfado monumental en la casa que me había editado con tanta confianza mis anteriores escritos.

Todos los días de los últimos cinco meses, desde que se publicara mi última novela, me despertaba con la esperanza de que por fin las ventas estuvieran remontando, pero todo era inútil. Tras un comienzo aceptable coincidiendo con la campaña de Navidad, crítica y lectores se pusieron de acuerdo para horadar mi delicada autoestima por donde se escapaba de forma irreversible toda mi creatividad. A este estado de absorbente ansiedad había que sumarle la insoportable presión que recibía por parte de los editores para hacer borrón y cuenta nueva en mi carrera y así volver a tocar el cielo novelístico. Dos ingredientes imprescindibles para desatar el perfecto síndrome de la hoja en blanco. Las ideas habían dejado de fluir y donde antes en cualquier escena de la vida cotidiana veía una historia interesante que contar, ahora era un espectador más del mundo al que le importaba bastante poco lo que ocurría a su alrededor. Quería huir de aquella jaula en la que me había sentido libre durante tanto tiempo. Empezar una vida nueva después de un año sabático en cualquier oficio que poco tuviera que ver con la escritura. Ese era mi gran anhelo.

Allí estaba en la ciudad donde había veraneado durante toda mi infancia y juventud con mi familia. Todos los agostos mis padres alquilaban un apartamento en Cangas donde pasábamos las vacaciones. Aquellas agradables estancias cerca de Vigo y la pizca de inevitable nostalgia con la que se sazonan los recuerdos, hizo que eligiera ese destino para mi retirada como escritor y comenzar así una nueva vida, sin nada más que la cuenta del banco bien nutrida y mis cajas repletas de premios, diplomas y placas. Había que empezar a por poner orden, más que nada por una cuestión de salud mental. Las cajas imprescindibles las abrí en aquella misma mañana: ropa y algunos artículos de aseo. El resto no quise desprecintarlas. Tenía

la convicción de que si dejaba todos mis libros y reconocimientos encerrados en la oscuridad del frío cartón purgaría antes las culpas de aquella vida pasada carente de alma.

Eché un vistazo a la cocina y observé que no le faltaba de nada, solo comida. Encendí el frigorífico y decidí hacer una pequeña lista de la compra con la que inaugurar mi nueva condición de gallego. Consulté en el móvil el supermercado o galería de alimentación más cercana y vi que a pocos metros de allí se encontraba el Mercado Travesas. Lo ideal para empezar a integrarme en la vida viguesa. No me apetecía salir, pero el hambre que empezaba a llamar a la puerta del estómago y el sol revitalizante que continuaba entrando por los ventanales del salón me cogieron de las solapas de mi chaqueta de escritor importante y me arrojaron fuera.

Crucé la calle y a escasos cien metros se encontraba mi objetivo. Era viernes y el día invitaba a salir. Había ambiente, pero del sano, del que te hace disfrutar. Nada que ver con las aglomeraciones, atascos y hordas de gentes con caras momificadas por el sueño y las preocupaciones de la gran ciudad. El mercado, con aspecto renovado, vibraba con el devenir de las personas y las animadas conversaciones entre clientes y tenderos. Si a esto añadimos el encantador acento gallego que resonaba por todos los puestos, el conjunto resultaba ser de una exultante alegría.

Todo aquello no me era ajeno, pero quizás el defecto profesional me hacía contemplar cualquier pequeño detalle por sencillo que fuera. Algo de fruta y verdura, carne y pescado fue mi primera compra. En todos los puestos me atendieron con la cordialidad propia de este tipo de establecimientos, advirtiéndome mi condición de forastero por el extraño acento – mitad catalán, mitad madrileño – con el que hacía mis peticiones. Todo era normal excepto una cosa. De todos los puestos que había, el número siete era una floristería. Sus coloridas flores daban un toque de distinción a la galería. Al pasar por ella había un par de clientes esperando a que les preparasen los ramos que habían elegido. Del interior salía una melodía que me hipnotizó. Era un piano apesadumbrado.

do dialogando por una orquesta que intentaba reparar con virtuosa delicadeza las heridas de la melodía principal. No me paré, pero sí ralentice mi paso como si quisiera saber el final de tan emocionante diálogo. Salí removido, con ganas de saber qué sonaba en la radio de aquella floristería. Me fui a casa.

Mi cultura musical en absoluto es extensa, así que por mucho que intentara poner en Google o You Tube palabras claves como concierto piano y orquesta, melodía conmovedora de piano y orquesta o cualquier otra combinación absurda, no hubo forma de descifrar el origen de aquella música. Pasaron los días sin más. Me fui integrando en el barrio, abrí alguna que otra caja y fui redescubriendo la ciudad. Me hice asiduo del Mercado Travesas, pero nunca volví a escuchar esa música que tanto me turbó al pasar por la floristería.

De forma casi involuntaria creció mi afición por Radio Clásica. Ahora, mientras escribo el relato de mi segunda oportunidad, me doy cuenta de que buscaba de forma inconsciente el nombre del autor de aquella partitura o por lo menos volver a escucharla, pero en aquel momento todo lo hacía casi sin pensar: paseos, lecturas, compras, pequeñas escapadas... Hasta que una mañana nublada del mes de mayo, mientras desayunaba con narcótica pereza después de una noche no muy buena, comenzó en la radio, según apuntó el locutor, el 2º concierto para piano y orquesta del ruso Sergei Rachmaninov.

El comienzo no lo reconocí, ni tampoco me sonaba el compositor. Dejé que sonara mientras intentaba animarme con mi segunda taza de café. Después de unos golpes de orquesta contundentes y sonoros, se hizo el silencio y comenzaron a sonar las mismas notas que me hicieron estremecer en el puesto siete del Mercado Travesas aquel día. La orquesta comenzó temerosa para dar paso a un piano que expuso el acompañamiento mientras una flauta doliente dibujaba la melodía y la entregaba al clarinete para que se hiciera cargo de ella de una forma sobrecogedora. Así transcurrió el segundo movimiento de esta maravillosa obra escrita en los albores del siglo XX. Cuando terminó, estaba petrificado. Nunca antes

una música y menos de este estilo me había conmovido de aquella manera. Tardé en repormerme, pero sabía que algo dentro de mí había cambiado. No era el mismo. Cada una de las notas que habían sonado en aquellos algo más de once minutos sacudieron mi interior de una forma inédita.

No pude terminar de desayunar. Me duché rápido y sin pensarlo dos veces encendí el ordenador para investigar sobre aquel ruso y su 2º concierto de piano. A cada cosa que leía sobre su vida y su faceta como compositor crecía en mí un interés que ni en mis mejores épocas de escritor había surgido. Aquel músico de casi dos metros de altura había padecido un mal similar al mío más de cien años atrás. Después de fracasar con su primera sinfonía cayó sumido en una profunda crisis personal y de creación que le llevó a estar tres años en el dique seco. Tan solo un amigo de su familia dedicado a la psicología y con conocimientos de música pudo darle la ayuda que necesitaba para volver a componer. Cuenta la historia que en una de sus últimas conversaciones con Rachmaninov le dijo que ya estaba preparado para conmover al mundo componiendo la más bella partitura jamás escrita. Después de esta conversación se puso a crear aquel concierto de piano, el segundo, el que escuché aquella mañana en la radio.

El caos de aquel día fue extraordinario. No sabía hacia donde proyectar mi estado de ánimo. Me había encontrado con mi alma gemela en la floristería de un Mercado de Vigo. ¿Era una señal o simple casualidad? No creía en las señales, pero de lo que sí estaba seguro era de la capacidad que tenía la música de transformar personas. ¿Debía seguir con mi año sabático y enterrar mi anterior vida o tenía que reflexionar sobre la frustración de mi fracaso? ¿Tenía que dar una segunda oportunidad a lo que tanto éxito me había dado? ¿Debía replantearme mi vida de escritor? Me estaba haciendo preguntas que nunca me había hecho y eso no me gustaba. Fue un día de locos. Apenas comí, apenas hice nada que no fuera dar vueltas a lo que había escuchado y leído sobre aquel personaje y aquella obra maestra.

Semanas después y con los ánimos más calmados, pero sin dejar de pensar en todo lo que

me había ocurrido, decidí presentarme en una editorial de Vigo con mis trabajos pasados y mi intención de retomar mi actividad de escritor, pero con unas condiciones muy claras: Nada de bestsellers, nada de plazos incumplibles y nada de deshumanizar una labor tan maravillosa como la de un escritor. Tras unas reuniones con los responsables de aquella editorial gallega, llegamos a un acuerdo inicial por el cual me comprometí a trabajar en un boceto de libro para que valoraran el posterior desarrollo. ¿De qué iba el boceto? os preguntaréis. Lo estáis leyendo. Este es el escrito que presenté un día de septiembre a la editorial viguesa y por el

cual aceptaron mi proyecto y mi compromiso con ellos. Todo esto ocurrió un año después de que mi mundo de cartón piedra, mi pequeño mundo, se viera devorado por las llamas de un éxito tremendamente destructor. Sigo viviendo en Vigo, solo todavía, pero en paz. Vivo en el mismo piso luminoso cerca del Mercado Travesas. Aquel mercado coqueto y vivaracho que me alimentó cuando llegué totalmente derrotado y me enseñó a encontrar el camino de mi segunda oportunidad en la trastienda de su floristería.

Ilustración: Pablo Moncloa



**¿Quieres conocer
todos los datos
sobre la cadena
alimentaria en
España?**

**Mercasa te ayuda.
Entra en
alimentacionenespaña2019.es
y ponte al día**





MERCADO TRAVESAS. VIGO

El Mercado Travesas nació en la zona de expansión de la ciudad de Vigo en los años 60, ocupando una serie de barracones que proveían de alimentos frescos a la población procedente de la migración interna de las comarcas de Orense y Pontevedra, fundamentalmente. Era una población de origen rural que llegaba a Vigo buscando mejorar su calidad de vida empleándose en el sector industrial que se asenta-

ba en la ciudad y que ha tenido desde entonces hasta ahora a factorías como la automovilística Citroën como uno de sus referentes.

El barrio de Travesas, que da nombre al mercado, creció por aluvión de la migración interna. Pasaron casi dos décadas hasta que el ayuntamiento de Vigo pudo levantar el edificio que hoy es el Mercado Travesas. Una reivindicación histórica de este barrio popular

de trabajadores de la ciudad. En el año 1982 abrió sus puertas el mercado.

La expansión de barrios como el de Travesas implicó una recomposición de las pautas de asentamiento en la población, que fue poco a poco abandonando el centro histórico hacia estos nuevos barrios que ofrecían condiciones de habitabilidad superiores. Esta reorientación hizo bascular también el núcleo del comercio de alimentación, desde

los mercados del centro histórico hacia los mercados de los nuevos barrios. Al tiempo, la inauguración del puente Rande, en 1981, que unía las dos orillas de la ría de Vigo privó de una parte de la clientela procedente de los municipios de Moaña, de Canga, que llegaban en barco hasta los mercados O Berbés, del Progreso, en el casco viejo de Vigo.

Los primeros años de vida del Mercado Travesas fueron muy buenos. La clientela era joven, en edad laboral, con empleos y condiciones laborales de calidad, las familias crecían y el mercado con ellas. Pasados los años, el mercado fue envejeciendo junto a la población que le vio nacer y le da sentido hasta hoy en día. De tal forma, que en el año 2005 la asociación de comerciantes emprendió una profunda reforma para re-adaptar el mercado, a nivel arquitectónico y comercial.

Los tiempos habían girado: La oferta de alimentación ha crecido exponencialmente, súper e hipermercados pueblan la ciudad, las pautas de consumo han cambiado. El Mercado Travesas busca un espacio propio vinculado a la relación directa entre comerciantes y vecinos que valoran la producción de las comarcas cercanas y la calidad implícita.

La reforma del mercado integra un supermercado Mercadona en la planta segunda para facilitar la compra integral al interior del propio mercado. Los horarios se amplían hasta la tarde. La Asociación de Comerciantes busca un sello de prestigio vinculado a la sostenibilidad medioambiental guiado por los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas. La reforma del edificio integra una planta fotovoltaica que dota de energía limpia al mercado. Un nuevo actor entra el juego: Mercacevi (Federación de Mercados Centrales de la Comarca de Vigo), encargada de gestionar las ayudas europeas necesarias para poner en marcha esta reforma.

Esta profunda limpieza de cara del mercado se realiza sobre los sólidos pilares que han sostenido Travesas hasta el momento: sus gremios de comercian-



tes; recordar que el índice de ocupación comercial en el mercado alcanza el noventa por ciento. <http://mercadotravesas.com/directorio.htm>

Destaca el gremio de pescadería: doce puestos que —según palabras del gerente del mercado Delmiro Hermidas— son uno de los corazones del Mercado Travesas; una de las imágenes de marca nítidas del mercado. La cultura de la compra está directamente relacionada con el pescado de bajura de pequeño tamaño que cada mañana los pescaderos traen desde las lonjas del puerto, a diez minutos del mercado. A las ocho y media de la mañana la clientela hace cola frente a las puertas del mercado

para hacerse con el pescado preferido antes que desaparezca: Pulpo da ría, jurel, sardina, calamar, etc. Los clientes acostumbran a recorrer, en primer lugar, las dos líneas seguidas de 26 metros cada una, bancadas donde se expone el pescado que rezuma olor a Atlántico. Los clientes eligen el pescado que desean, fieles más bien al pescado fresco del día que al comerciante. Es una dinámica de compra propia de una población conocedora y exigente.

El gremio de carnicería también marca diferencias: Los trece puestos tienen una relación directa con los ganaderos que crían la carne estrella: la ternera gallega. El mejor producto está a las



puertas procedente de las comarcas aledañas de A Coruña, Orense y Lugo. Todavía hay carniceros que conocen los terneros en su propio hábitat, aunque bien es cierto, como nos indica el gerente del mercado, que esta práctica cada vez es más minoritaria, dado que cada vez son más escasas las ferias de ganado en el territorio. Una práctica muy extendida en el gremio de charcuteros es la elaboración de embutidos propios, chorizos, morcillas, etc.

Respecto a las frutas y hortalizas, son tres los puestos que representan al gremio. Su oferta se complementa con la oferta de productos ecológicos por los que el mercado está apostando fuerte como imagen de marca. Todos los primeros martes de cada mes se instala el mercado ecológico, con productores con certificado ecológico extendido por el CRAEGA (Consello Regulador de Agricultura Ecolóxica de Galicia) <https://www.craega.es/es/>.

Ha sido el mercado el que ha ido contactando a los productores y empresas que ofertan sobre todos frutas y hortalizas, mieles autóctonas, mirabelles y confituras de O Rosal, en la comarca pontevedresa del Baixo Miño que limita con Portugal en la misma desembocadura del río Miño, vinos de la tierra; y todo un catálogo de productos llegados desde las tierras limpias y bien cuidadas de la Galicia que apuesta por la calidad fresca y verde.





La oferta del mercado Travesas se completa con panaderías artesanas y floristerías, entre otros.

Sin duda, el desafío actual del mercado es lograr que la clientela ya mayor y fiel, traspase su conocimiento y cultura de mercado a sus hijos y ya nietos. Por ello, desde el mercado se ofrecen visitas guiadas para los colegios, sobre todo de primaria. Los casi ochocientos niños y niñas que visitan anualmente el mercado tienen un trato directo con los comerciantes y sus productos frescos. Esta actividad es ofertada por el propio mercado y apoyada desde los espacios presenciales y online del ayuntamiento de Vigo en su página web. Como nos cuenta Delmiro Hermida, gerente del Mercado Travesas, en estas visitas es frecuente que los propios abuelos vengan a encontrarse con sus nietos y guiarles ellos mismos por el recorrido. Un recorrido que finaliza virtualmente en la web del mercado, que incluye un juego interactivo, gaming a través del cual estos pequeños “nativos digitales” conectan en su universo de forma automática y sin barreras, el mundo virtual con la razón de ser, fundamentalmente presencial del mercado.

Estas experiencias darán sus frutos en el futuro, mientras tanto, el mercado busca que la experiencia de compra dure más tiempo, se desarrolle en el marco de una oferta más global que no haga perder la identidad propia del



mercado, basada en la compra presencial de productos de calidad.

Por ello, cada Asociación de Comerciantes, apoyada por la Federación de Mercados Centrales de la Comarca de Vigo, ha ido creado en los últimos seis años, tanto una imagen conjunta de los seis mercados de la ciudad que agrupa, como posiciones comunes ante los actores públicos y privados implicados en el escenario comercial y social del que son parte fundamental.

El Mercado Travesas es muy consciente de los desafíos que enfrenta, el envejecimiento de su población tradicional, y la necesidad de ampliar el tiempo de estancia de los vecinos en el propio mercado, ofreciendo ofertas complementarias funcionales con la función clásica de propio mercado. Por el momento, aun integrando una incipiente oferta gastronómica, sin embargo, ha cuidado el equilibrio entre venta de alimentación y gastrobares, sin desdibujar su identidad: Son y quieren ser un centro de referencia de alimentación fresca y de calidad de la ciudad de Vigo.

Juan Ignacio Robles

*Profesor de Antropología Social
Universidad Autónoma de Madrid.*

